

FILMS DE AMOR

La que no sabía amar



Nº III.
15

50
Cts.

Constance Talmadge :: Antonio Moreno

FILMS DE AMOR

BIBLIOTECA FILMS

Redacción, Administración y Talleres:

Año II Núm. 15

50 céntimos

REVISADO POR LA PREVIA CENSURA

LA QUE NO SABIA AMAR

Historia de una mujer coqueta,
castigada en su manía de agra-
dar a cuantos hombres topa en
su camino.

por los célebres artistas

Constance Talmadge

V

Antonio Moreno

La que no sabía amar

INTÉPRETES

Patricia Stanhope. **Constance Talmadge**
Leonardo Warner. **Antonio Moreno**
Guillermo Carmichael. . . . RAY HALLOR
Penélope, tía de
Patricia. . . . EDYTHE CHAPMAN
Virginia, fd., fd. . . EMILY FITZROY
Tomás Morton. . . JOHN HARRON
Profesor Bonnard WALLACE MAC DONALD
Lord Cooperfield. BYRON MANSON

— Exclusivas —



Rambla de Cataluña, 62 — BARCELONA

IMPRENTA COMERCIAL - Valencia, 254 - BARCELONA

I

— ¿No los conoces?

— A ella sí, ¿quién desconoce en Nueva York a Patricia Stanhope...?

— Eso es... ¿Has oído hablar de ella?

— Pero si entre nuestras amistades no se habla más que de esa muchacha... Ahora dicen que se ha casado con su tutor y que...

— Sí, que se había divorciado.. y qué sé yo cuántas cosas más.

— He oido cosas muy célebres de esa joven.

— ¡Y tan célebres!... Como que no puede hablar dos minutos con un hombre, sin pedirle un beso.

— ¿No exageras?

— ¡Qué voy a exagerar!... Es capaz de enamorarse de una escoba con pantalones.

— Es el colmo.

— Sí, el colmo de la frescura siberiana... ¡Ni un sorbete!... Figúrate si la conoceré que íbamos al Colegio juntas y como allí no tenía los novios al alcance de la mano, se los fabricaba.

— Pero...

— Se los fabricaba de trapo, en vez de jugar a muñecas jugaba con muñecos.

—¡Demonio!

—¡Oh!... Y hacía andar de cabeza a las maestras porque cuando un hombre entraba en el Colegio ya se le iban los ojos tras de él...

—Pues di que esa Stanhope es pronosticada...

—Sí, hija, sí, de pronóstico reservado.

—Pero ves, esa se ha casado...

—¡Qué sé yo quién va con ella!... ¡A saber con quién se ha enredado ya!... Figúrate que cuando yo iba a las clases de ampliación en Filosofía y Letras, ella también venía y, casi siempre, después de las clases, se quedaba sola con el profesor Bounard...

—¡Cáspita!

—¡Oh!... Y más de cuatro veces los vi besarse.

—¡Anda, anda!

—Ya verás, te voy a explicar la vida de Patricia Stanhope. Es muy interesante.

Así hablaban dos elegantísimas damiselas sentadas a una mesa de un famoso balneario de moda de Jacksonville, cuando vieron pasar a su lado una pareja cogida del brazo, conversando amorosamente bajo la misma sombrilla de seda.

La pareja descendió las escalinatas de la espléndida terraza y se fué a sentar a una mesa cercana a un inmenso tamarindo bajo una alfombra de clematides.

Ambos, los recién llegados, hablaban con las cabezas muy juntas y tapadas a los ojos de



Constance Talmadge

las murmuraciones de la terraza con la sombra de color de cielo.

Y mientras hablaban en la intimidad de la abundancia del corazón, oigamos el relato de las damiselas de la terraza, que nos explican la vida, sin milagros de Patricia Stanhope.

II

Una mujer bonita, de rostro de ángel y cuerpo escultural, joven, huérfana y rica, inmensamente rica: tal es Patricia Stanhope.

Una filiación como para tentar al más empedernido soltero.

Toda la familia de Patricia Stanhope se reduce a sus dos tíos, Penélope y Virginia, ambas pasadas de los cincuenta, adineradas y fea la primera, pero la segunda... más fea aún, como para espantar a los varones.

Es administrador y tutor testamentario de Patricia Stanhope el joven, inteligente y simpático Leonardo Warner. Pero la muchacha, encerrada en un colegio desde su edad temprana, apenas si conoce a su simpático tutor por el nombre, creyéndole un hombre de edad madura, quizás viejo, ceñudo, como la mayoría de los hombres de negocios y feo.

Terminado el período de estudios en un internado, volvió Patricia Stanhope a casa de

sus respetables y feísimas tíos Penélope y Virginia.

Para ampliar sus conocimientos determinaron las respetables señoras que su sobrina continuase los estudios de Filosofía y Letras en la facultad, bajo la sabia disciplina del profesor Doctor Bounard.

Desde el día siguiente, Patricia Stanhope se sienta en la primera fila de la clase del Profesor Bounard, un joven y simpático muchacho que se desvela en la enseñanza de su asignatura con celo de apóstol.

El profesor Bounard no puede dirigir su mirada a la primera fila; allí hay una muchacha que le mira de un modo... que le hace bajar la vista...

Los ojos movedizos, grandes, negros de la señorita Stanhope son como espejuelos que llaman su atención y que parecen atraerle. Cuando el profesor Bounard, mientras da sus explicaciones, fija su vista en aquellos ojos, Patricia le sonríe de un modo tan llamativo que al profesor se le va el alma tras ella.

—Es la hora, señoritas—anuncia el profesor—, mañana continuaremos.

Todas aquellas muchachas, como palomas, que parten juntas en raudo vuelo, se levantan y corren a despedirse del joven profesor; todas menos una: Patricia recoge sus libros y—mientras sus compañeras se hallan rodeando al catedrático, de quien se despiden, dándole la mano—arroja al suelo sus efectos y libros, como

simulando que se le hubiesen caído. Poquito a poco, con parsimonia, los va recogiendo, mientras sus compañeras salen de la clase; de modo que cuando ha quedado solo el profesor, Patricia se acerca a él.

—Señor Bounard, explica usted muy bien la lección... ¡Qué gusto da oírle.

Le dice esto Patricia, fijando sus hermosas pupilas en el blanco de los ojos del profesor, con tal intención de coquetería que el profesor tiembla de placer bajo aquella mirada ardorosa.

—Bien, bien, muchas gracias, señorita — murmura el joven Bounard, enrojeciendo hasta las orejas.

—No puede usted figurarse lo a gusto que vengo a la lección.

—Me alegro, señorita Stanhope... Usted lo pase bien.

—¿No podría usted, señor Bounard, darme un beso como despedida?

—Señorita...

—Un padre besa a sus hijas... y un profesor es como un padre espiritual que engendra en el corazón de sus discípulas la ciencia... ¡Un beso!

Y al decir esto, Patricia Stanhope, con un aire de encantadora ingenuidad, avanzaba su rostro hacia el del profesor, con un mohín de labios y un movimiento de cabeza tan deliciosamente de diablesa, que, como era natural, el

profesor Bounard juntó sus labios a los de la endiablada coqueta.

Poco faltó para que no fueran sorprendidos en este exceso amoroso discípula y maestro, pues penetró en la sala una de las discípulas y llamó a la señorita Stanhope:

—Patricia, Patricia.

—Adiós, señor Bounard—se despidió ésta al oírse llamada, dejando al profesor temblando de placer.

Fué Patricia con su condiscípula y ambas se sentaron en el alféizar de una ventana.

—¿Qué hay, Marta?

—Que mañana llega mi hermano Guillermo y quiero presentarte a él, es muy simpático... ¿querrás venir a la fiesta de los artistas?

—Sí, Marta... Quiero que me presentes a tu hermano.

—Te presentaré. El también tiene muchas ganas de conocerte... Le he hablado ya de ti.

III

Al día siguiente tuvo lugar la proyectada presentación de Patricia Stanhope con Guillermo Carmichael.

Era este un muchachito de pequeña talla, muy apocado y romántico, que quedó locamente enamorado de Patricia al recibir de ella un beso que le enloqueció.

¿Cómo podrá conducirse una joven que aun no ha aprendido a amar?... Primeramente, y en buena lógica de gratitud, queriendo a cuantos parecen quererla, según las enseñanzas del refrán "amor con amor se paga", y en segundo lugar, besando a los que la enamoran, por ser el beso la expresión más natural, dulce y espontánea del cariño. Y eso hace Patricia, pagar el cariño queriendo, y expresar este querer besando al galán que así se lo pide y... también al que no se lo pide; que ella con todo puede transigir menos con que la juzguen desagradecida.

Por eso Guillermo Carmichael, el estudiante romántico y tímido quedó completamente cogido en las redes de los encantos de Patricia, cuando a los cinco minutos de hablar con ella, ésta le pidió, como quien pide un chocolate:

—Dame un beso.

Guillermo Carmichael no se hizo repetir el ruego, se lo dió con la añadidura de otros muchos, y aquellos besos le entusiasmaron de tal modo, que propuso a la linda Patricia una fuga en toda regla en su automóvil.

Y cuando a la mañana siguiente, según han convenido Carmichael y la señorita Stanhope, están a punto de llevar a cabo la fuga, llega su tía Penélope a buscarla para conducirla a su casa.

Ya en la estación, donde Guillermo Carmichael había ido con su automóvil, siguiendo a

Patricia Stanhope, ya que no podía huir con ella, según habían convenido, le propuso, mientras su tía estaba tomando el billete para ambas:



-- No creí que tuviese V. tanta interés en que perdiera el tiempo el peluquero más famoso de la ciudad

—Yo, Patricia, seguiré al tren con una velocidad que no tendré que envidiar nada al

correo...; ya lo verás. Procura tú no perder de vista mi automóvil.

—Mira, Guillermo—le contestó la joven—, yo te iré haciendo señas con el pañuelo, ¿conformes?

—Conformes... Podrías ponerte en la plataforma del último coche ¿no te parece?... Así, como yo seguiré al tren, ya que la carretera sigue siempre paralela a la vía, te podré ver con más facilidad.

—Muy bien, Guillermo... Dame un beso por despedida.

Iba Guillermo a acercar sus labios a los de la irresistible coqueta; mas la tía se acercaba a ellos y Carmichael se separó un tanto de la bella, murmurando:

—¡Ojo!... ¡Que viene el coco!

Los dos jóvenes rieron la salida, aunque lamentando la llegada inoportuna de la tía Penélope.

Un momento después, tía y sobrina se acodaban en el asiento de la plataforma exterior del último coche y, al ponerse el tren en marcha, también lo hizo el auto de Guillermo Carmichael, un torpedo, dos asientos que él mismo guiaba.

Siguiendo de cerca, tan de cerca como le permitían sus tres cilindros, al convoy ferroviario, Guillermo Carmichael no perdía de vista el pañuelo blanco que una mano no dejaba de enarbolar haciéndolo temblar al viento, aquel pañolito era su vida.

El, a su vez, para indicar que comprendía la señal y no era indiferente a la prueba de cariño de la muchacha, levantaba en alto su brazo diestro, tremolando al aire su gorra y sonriendo como un bienaventurado y pronunciando palabras de cariño, como si fuesen oídas por aquella a quien iban dirigidas:

—¡Adiós, pimpollo!... ¡Qué guapa eres!... ¡Adiós, reina! Tu pañuelo parece una palomita que abre las alas, llamando a su pichón!... ¡Adiós, pichona!... ¡Ten, ten y... ten!—y diciendo esto hacia ademán de mandarle besos con la mano y proseguía siempre: —¡Toma, toma y... toma!... ¡Si te condenas que te condenes!

Y Carmichael, que se cansaba de levantar constantemente su gorra al aire, admiraba a su novia—pues así la consideraba ya—que con tanta constancia levantaba su brazo haciendo continuamente signos con el pañuelo blanco.

Trasladémonos a la plataforma del último coche donde viajan la tía Penélope y su guapísima sobrina Patricia Stanhope, mientras allá, en la carretera, un torpedo echa el resto para seguir con honor la marcha a ochenta por hora del correo de la mañana, torpedo que, como sabe el lector, va guiado con una mano, aunque maestra, del joven estudiante Guillermo Carmichael.

La plataforma donde viajan tía y sobrina la forman como un baleoncillo que tienen los coches a sus dos extremos longitudinales. Allí,

adosados a la pared del vagón, hay cuatro asientos: dos a cada lado de la puerta que comunica con el interior del vagón.

En los de la derecha o sea los que están situados al lado de la carretera, se sientan tía y sobrina, ésta al extremo, al lado del estribo; aquélla a su lado.

Ya hace más de media hora que Patricia, con menoscabo de la tranquilidad de su brazo, enarbola el pañuelo, la señal convenida con su novio, que parece decir a aquél en lenguaje mudo, pero elocuente: "Estoy aquí"; hace ya media hora decimos, cuando un joven, alto, elegante y bien parecido, sale del vagón a la plataforma y se sienta en uno de los dos asientos vacíos, llamándole poderosamente la atención los signos que la joven hace al del automóvil.

El joven se fija en la hermosa muchacha y ésta en aquél... Al sentir el viajero en sus pupilas los rayos de la mirada de Patricia Stanhope, quedó subyugado de tal modo, que ya no pudo separar su vista de ella.

Patricia, a su vez, pareció que le gustaba el joven, pues, con mucha frecuencia, su visita se volvía hacia él, con un juego de pupilas que había para revolucionar al más santo. Poco a poco, las señas con el pañuelo iban siendo más flojas, menos intensas, pues cuanto más ganaban en intensidad las señas que ambos viajeros se hacían con los ojos, más perdían las que la joven hacía con el pañuelo.

Aquel coloquio mudo de los viajeros acabó con una risa descompuesta de ambos, la risa que parece como un convenio amoroso, como el sí mudo de dos almas desconocidas.

Al pasar el tren por un paso a nivel, una negrita, muy fea, que se hallaba al lado de la vía, envió un beso al joven viajero y éste se lo devolvió, causando esto tal hilaridad en Patricia y en el viajero que ambos se miraron y la joven le hizo, sin que su tía se apercibiera, el mismo gesto de besar que la negrita le había hecho.

Aquel signo hecho por una joven tan requeteguada produjo un escalofrío de placer en el joven viajero... Ya se disponía el joven a intensificar el diálogo mudo de miradas y sonrisas, cuando vino a interrumpirlo una señorita que salió del vagón, y dirigiéndose al viajero, le invitó:

—Morten, venga que le presentaré a unas viajeras muy lindas.

Se resistía el llamado Morten, ¿qué más linda que aquella que le había clavado los dardos encendidos en su alma?

Pero, por lo visto, no podía eludir la invitación porque se levantó, no sin dirigir una última mirada a la del pañolito, que parecía decirle: "Sígame".

Morten penetró en el vagón.

Patricia se movía nerviosa en su asiento, procurando mover el pañuelo al aire.

—Oyeme, tía Penélope, voy a... tengo una

necesidad... Toma este pañuelo y siéntate aquí —y se lo entregó a su tía, señalándole el lugar que ella ocupaba—. No dejes de hacer señales con el pañuelo...

Patricia, momentos después, era ya amiga de Tomás Morton... Ambos han buscado la soledad de un departamento solitario y añadido al diálogo mudo otro más sabroso.

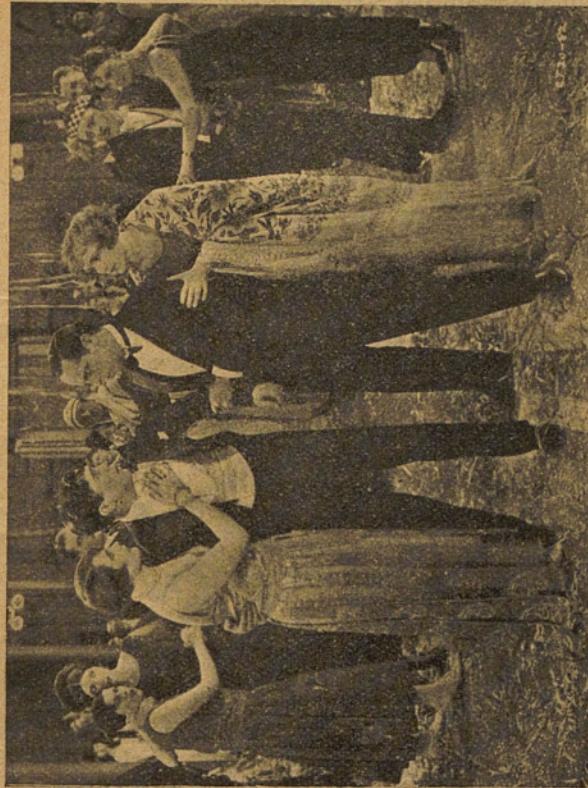
Y poco antes de llegar al término del viaje, como tiene por costumbre con cuantos jóvenes traba conocimiento, le suplicó:

—¿Me quiere usted dar un beso, por despedida?

Claro que Tomás Morton no se hizo repetir la súplica, y se lo dió, pero aumentado.

Aquel beso ató de tal modo el corazón de Tomás Morton al de la coqueta que ya no pudo separarse de ella, creyendo que fuese amor más que ingenua coquetería, una ansia que Patricia sentía de probar bocadillos de amor.

Aquella chiquilla, *que no sabía amar* y que nunca había sentido aquella sensación espiritual, aquel algo divino que lleva nuestra alma en pos de otra que parece prometernos la felicidad, aquella mujer tan linda que con tanta inocencia e ingenuidad lo mismo pedía un beso a un hombre como le hubiese pedido un cigarrillo o un bombón, no había amado aún: ni el profesor Bounard, ni Guillermo Stanhope, ni su último flirt Tomás Morton han hecho mella en su alma; a los tres los ha considerado como a simples juguetes, como a muñecos: que para



La fiesta en casa de la señora Stanhope

la mayor parte de las mujeres como Patricia Stanhope, muñecos son los hombres.

Al descender del tren, Tomás Morton, acompañó a su nueva amiga—él la creía su novia ya—y a su tía hasta su casa.

La despedida fué tan interesante como el viaje.

—Entra tía—rogó Patricia a su tía, al llegar a la puerta de su casa—; ya entro yo.

La tía que nunca supo decir un no a su sobrina, obedeció, y los dos jóvenes se despidieron con muestras de gran cariño:

—Adiós, señorita Stanhope, celebro haberla conocido y supongo que no tendrá inconveniente en recibirmee en su casa.

—Ningún inconveniente, señor Morton — contestó Patricia manoseando entre las suyas las manos de su nuevo juguete—al contrario. Será para mí una satisfacción en recibirle y en recibir... un beso antes que se marche.

¡Besar!... ¡Besar!... Tal era la pasión inconsciente de aquella niña pizpirreta, de ojos traviesos y sonrisa de diablesa... ¡Besar!

Pero aquellos besos resbalaban sobre el mármol frío de su corazón, sin ni siquiera producirle un pensamiento frívolo.

Con un beso se despidió Tomás Morton de la mujer que ya veía con él en las gradas del altar, beso que le hizo temblar de placer; mientras ella, más fresca que una lechuga, entraba en su casa, y cinco minutos más tarde no

pensaba ya en el hombre que continuaba muriendo de placer lejos de ella.

Tal era Patricia Stanhope: una niña que suspiraba por un beso del hombre que veía por primera vez y que parecía olvidar en el mismo momento que había logrado su deseo: tal era *la que no supo amar*, mejor dicho la mujer caprichosa que no supo aprender a amar.

IV

De un modo muy distinto que su coqueta sobrina, piensan sus respetables tíos Virginia y Penélope Stanhope, hermanas del difunto padre de Patricia y, no hay que decir, cuñadas, por consiguiente, de la madre de aquélla, difunta también.

Ambas tíos son solteras a perpetuidad porque ya pasaron de la edad madura del apergaminamiento epidérmico, y criadas en principios más severos que los de los actuales tiempos de descoco femenil.

Pero como no han sabido mantener la autoridad cerca de su sobrina, que les ha salido una niña ultramoderna—si bien ellas la califican de cabra loca—, determinan recurrir al tutor de la niña pizpirreta para pedirle, a la par que consejo, remedio contra las extralimitaciones masculinas de su ligera cabrita loca.

—¿Qué te parece, Penélope, de la conducta de Patricia.

—¡Jesús, Jesús!... Esto no es una señorita, hermana Virginia esto es una cabra loca. Parece que ha nacido besando.

—Bueno que nos bese a ti y a mí; pero eso de que al primer hombre con quien habla le pida un beso...

—Claro que lo hace con angelical inocencia, pero eso le va a acarrear serios disgustos, ¿no te parece?

—Yo creo que deberíamos encerrarla de nuevo en el Colegio...

—No, no lograríamos nada... Lo más lógico es ir a consultarlo con su tutor, con el señor Leonardo Warner, para que la reprenda seriamente y haga por desterrar su frivolidad, dando un poco de fijeza a las ideas de aquella cabecita loca.

—Sí, sí, vayamos a ver a Leonardo Warner.

Una hora después las dos solteronas se hallan en el despacho del joven y simpático abogado, consejero de importantes sociedades, un hombre de negocios muy serio y muy formal.

Añadamos que Leonardo Warner es soltero, y hasta hoy no ha tenido tiempo en pensar en el matrimonio.

—Las señoras Stanhope esperan en la antesala—anuncia a Leonardo Warner, que se halla en su despacho, su ayuda de cámara.

—Dígalas que entren.

Entraron las dos tías haciendo reverencias.

—Siéntense ustedes—invitó el abogado.

—Muchas gracias.

—Muchas gracias.

—Ustedes dirán.

—Señor Warner—rompió el fuego del diálogo la menos fea, Virginia—ante todo, rogamos a usted nos dispense si venimos a estorbarle...

—De ningún modo, señoras, es una obligación atenderlas a ustedes con todo cariño.

—¡Gracias!

—¡Gracias!

—Soy todo oídos.

—Usted sabrá, señor Warner, que Patricia ha salido ya del Colegio...

—¿Ya?

—Es una real moza. Ya no la conocería usted.

—La última vez que la vi era una chiquilla... Fué cuando murió su pobre madre.

—Ya no la conocería usted.

—¿Y bien...?

—Como decíamos a usted, Patricia ha terminado ya sus estudios y según atestiguan los certificados de los profesores, con notable aprovechamiento en las disciplinas escolares: nuestra sobrina es una muchacha muy instruida. Pero... ¡ay!, su aprovechamiento en las ciencias le ha hecho olvidar los principios de moralidad que han sido siempre la norma de nuestra familia...

—¡Córcholis! — exclamó Warner escamado ante tamaña afirmación. — Los principios morales!

—Sí, nuestra sobrina es una cabecita loca.

—Sí, sí—repitió la tía Penélope—... ¡loca!

—Ligera como una mariposa.

—Lo mismo—afirmó Penélope la fea.

—Y más voluble que una veleta.

—¡Más, más!

—¿Y ustedes pretenden?

—Que usted la llame y le ponga las peras a cuarto.

—Y le ponga plomos en las alas—añadió la más horrible de las solteronas.

—Eso está muy bien; pero para ello yo tengo que conocer algún hecho concreto, porque si la he de reprender y aconsejar bien tengo que saber...

—Ya verá usted, señor Warner—prosiguió la más charlatana—. Virginia—y volviéndose a su hermana la interrogó: —¿Se lo decimos todo?

—¡Todo! — contestó Penélope abriendo los brazos con aire de autoridad.

—Ya verá usted. Hace cuatro días que Patricia ha salido del Colegio y, figúrese, ya quiso fugarse con uno a quien dió palabra de casamiento; un muchacho más pobre que un caracol, un estudiante sin experiencia y sin porvenir.

—¡Malo!

—¡Oh!... No es esto todo. Viniendo de via-



—No, no, ahora vienes a bailar conmigo

je, se enamora de otro, un tal Tomás Morton y también le da esperanza de casarse con él...

—¡Oh! —exclamó Penélope—. ¡Tantos ve tantos quiere!

—Ve a un hombre le da un beso y... ¡ya está!

—Si da besos con esa facilidad, la seguirán muchos hombres.

—¡Muchos!

—¿Qué le parece a usted?

—La llamaré.

—¿Cuándo?

Leonardo Warner consultó su carnet de memorias y después de anotar algo en él, contestó:

—Pasado mañana, el miércoles... ¿Les parece bien?

—Muy bien—asintió la tía Virginia—. Yo misma se la acompañaré aquí el próximo miércoles. Señor Warner, doy a usted las más sentidas gracias...

—De nada, señoras, de nada; es un deber para mí el ayudarlas a guiar por el buen camino a esta niña de la que soy el tutor y administrador.

—Muchas gracias, señor Warner—expresó Penélope tendiendo su escuálida mano al joven.

V

Llegó el miércoles. Acompañada por su tía Virginia, Patricia Stanhope ha llegado a casa de su tutor para entrevistarse con él para un asunto que le interesaba: así decía la tarjeta que su tutor le había dirigido.

—Diga usted al señor Warner que la señorita Stanhope espera para hablar con él.

En aquel momento Leonardo Warner se hallaba despachando con su secretario particular, y ordenó al criado que le había anunciado a la joven:

—Dígale que pase.

Penetró Patricia en el despacho del abogado y al verle, todo su ser se agitó en una franca alegría, su rostro se iluminó por una sonrisa: su tutor era joven y guapo.

Apenas si le recordaba, pues sólo había visto a Warner cuando murió su madre, y entonces sólo contaba ella quince años.

Avanzó la joven hasta el despacho donde Leonardo, de espaldas a ella, daba órdenes a su secretario. Cuando se volvió hacia ella, serio, quedó sobrecogido: Patricia ya no era una niña, como él se la figuraba sino una mujer... ¡y qué mujer!... a sus encantos naturales de una gran belleza, la joven realzaba su belleza con una gran simpatía.

Patricia sonrió a su tutor con tal malicia y se acercó a él con tal abandono que Leonardo tuvo miedo y puso una cara muy seria:

—¿Tú eres Patricia Stanhope? —pronunció el abogado tendiéndole su mano.

—No me conoce usted, señor Warner — y Patricia apretó con sus dos manos la de su tutor.

—Hija, estás desconocida... Estás tan crecida que apenas me atrevo a tutearte.

—Pues soy la misma.

—Síntate y espera un momento, que en seguida acabo con mi secretario.

Y Warner le indicó un sillón algo alejado de su mesa escritorio.

La señorita Stanhope obedeció y mientras su tutor hablaba en voz baja con su secretario, ella que le parecía estaba demasiado apartada de aquel hombre que tanto le había chocado, iba acercando poco a poco su asiento hasta la mesa, casi hasta tocar con su brazo el asiento del joven hombre de negocios.

Y al mismo tiempo que procuraba acercarse más a él, con una tosecita intencionada, parecía quererle llamar la atención, como diciéndole: "Termine pronto, que yo estoy aquí."

Cuando, un instante más tarde, Leonardo, terminadas las órdenes de su amannense, se volvió hacia la joven, a la que creía sentada cerca de la pared, al verla tan sobre sí, reprimió una sonrisa, mordiéndose el labio.

Y tomando repentinamente un aire grave, serio, le dijo:

—Señorita, Stanhope...

—¡Presente, mi simpático tutor!

Warner se tragó otra sonrisa y se violentó para arrugar el entrecejo, prosiguiendo, como si no hubiese oído la salida de su pupila:

—Señorita Stanhope, la he llamado...

—Señor Warner, puede usted tutearme, ¿no es usted mi tutor?

—Está bien... Tienes razón... Te he llamado porque ha llegado a mi conocimiento tu conducta algo ligera con ciertos mocitos que mariposean a tu alrededor porque huelen tu fortuna... Claro que yo no tengo nada que ver con esos caballeritos; pero sí contigo, pues bien sabes que por el testamento de tu padre, mi buen amigo, fuí nombrado tu tutor y administrador de tus bienes...

—¿Sermón tenemos?

—Escúchame hasta el fin... Debes probar que eres una mujer...

—¿Y no le parece que ya lo soy?

—¿Cuáles son tus intenciones respecto a Guillermo Carmichael?

—No lo sé todavía... Porque nosotros, aunque tengamos relaciones, lo que se llama prometidos no estamos.

—Acaso no has pensado que esa táctica de tantos novios puede hacerte desmerecer a los ojos de todos?

—¿Cómo podría una muchacha elegir un

hombre para marido si no acepta el cortejo de varios?

—Si de escoger marido se tratase, yo pensaría que necesitabas un hombre de verdad y...

—De verdad son todos los que yo trato, o al menos así me parecen a mí.



— Acompáñeme a la casa

—Y hombre, lo que se dice un hombre, ni se parecería a esos galanes tuyos, ni transigiría con ellos.

—¿Le parece a usted?

—Cuando un hombre quiere casarse, busca

la esposa en la mujer, y en ti nadie hallará la esposa.

Al oír estas palabras, Patricia se hizo un mohín de disgusto, al propio tiempo que alargaba su diestra hacia la de Warner. Este continuó, como si no hubiese comprendido el gesto de coquetería de su pupila:

—Si tu genio frívolo no te deja preocuparte de tu reputación, piensa, al menos, que vas a matar a disgustos a tus pobres tíos que tanto te aman.

Patricia se agitó impaciente en su asiento, y levantando los hombros en señal de desprecio, al propio tiempo que sus grandes ojos dirigían una mirada a su tutor imposible de describir, le preguntó:

—Era todo eso lo que tenía usted que decirme?

—Eso y algo más...

La joven se levantó y dirigiéndose hacia la puerta con aire de mal humorada iba a salir del despacho; pero parecía que una lucha se establecía en su interior: con gusto hubiese continuado oyendo a Warner, a quien miraba con ojos de deseo; pero sus palabras eran de reproche y no estaba ella acostumbrada a tales excesos.

Iba a salir, luchando su alma en encontrados sentimientos... De súbito se volvió hacia su tutor y dulecificando su voz y poniendo en su mirada de fuego un algo, un mucho del afecto

que sentía por aquel hombre, le preguntó hasta desconcertarle:

—¿He de volver otra vez, señor Warner?

—Desde luego—contestó éste—. Pero... ya te llamaré cuando desee verte.

—Ya me llamará... ¡Adiós!...

Dió dos pasos hacia afuera; pero se arrepintió de marcharse de aquella manera tan brusca y volviéndose hacia su tutor le tendió la diestra diciéndole:

—Entonces... ¡hasta que usted me llame!— y le flechó una mirada como para derretirle.

Y salió, dejando pensativo a su tutor:

“Qué hermosa es la condenada... Tiene unos ojos que achicharran.”

Ella salió también no menos impresionada: “Es un real mozo, mi tutor... ¿Por qué no le pediría un beso al despedirme de él?... ¡Ay!... Tiene razón... Ese sí que es un hombre... y no los títeres que me siguen.”

Así pensaba la joven, aunque aun guardaba en su alma la amargura de su acerba repulsa. Porque, en realidad, Warner había estado un poco duro con su pupila, cuyas zalamerías no le merecieron ni una sonrisa de agrado. ¡Bien se despachó el dichoso tutoreito!... Pero nada indignó a Patricia como que le dijese que ella no era una mujer.

¡No había de serlo!... No pensarían lo mismo los muchos hombres que la seguían como locos. Pero sí, según Leonardo, tampoco eran hombres los que enloquecían por ella...

Lo sorprendente fué que Patricia, tan rápida para querer como para odiar, no mostrase rencor a su tutor y hasta emplease el más gracioso de sus mohines para preguntarle cuando quería que volviese.

VI

Nos hallamos en casa de los Stanhope, pocos días después.

Las apergaminadas y tuthankámicas tías de Patricia se hallan atareadas en su despacho preparando las invitaciones para una fiesta que proyectan dar para presentar en sociedad a su hermosa sobrina.

—Hemos de procurar—manifiesta Virginia —que la primera velada en honor de Patricia tenga toda la solemnidad posible.

—Me gustará —expresa la tía Penélope —que nuestra sobrina trabe amistad con Lord Cooperfield. Un hombre de su aleurnia sabrá inclinarla a lo distinguido, a lo señoril.

Y mientras las dos tías tratan del porvenir matrimonial de su sobrina, en el recibimiento esperan impacientes tres caballeros. Los dos que se sientan en el sofá ya nos son conocidos: son los jóvenes pretendientes de Patricia, Guillermo Carmichael y Tomás Morton; el otro, sentado en una butaca separados de los anteriores, es un joven alto, muy bien peinado, con

un bigotillo perfectamente recortado y cuidado; tiene maneras afeminadas y da saltitos en su asiento, como impacientándose de tanta espera.

Dejemos a estos tres personajes y volvamos con las tías.

Ya han terminado de poner las direcciones a los sobres de las invitaciones, cuando, como una flecha, penetra Patricia donde están sus tías.

—Tías—les dice—tengo ahí fuera al grande hombre, al aristócrata.

Las tías sonrieron de satisfacción y Virginia inquirió:

—¿Quién, Lord Cooperfield?

—Sí. ¡Oh!... ¡Qué exquisita cortesanía!... ¡Qué maneras tan finas!.... ¡Con qué delicadeza te besa la mano! Ahora lo veréis.

—¡Ah, hija mía, si es Lord Cooperfield— expresó Penélope—no le debes hacer esperar!

—Anda, preséntanoslo.

—Ahora voy.

Y Patricia salió disparada, volviendo a entrar al poco rato.

—¡Pase, Cu-Cu, pase!—ordenó Patricia con mimo invitando a alguien que permanecía afuera.

Y cogiéndole del brazo la sobrina casi arrastraba hasta sus tías a un caballero alto en extremo, muy elegante, que llevaba un monóculo ante su ojo izquierdo.

—¡Saluda a mis tías, Cu-Cu!—ordenó Pa-

tricia como si se tratara de un muñeco de marionettes.

El llamado tan despectiva y mimosamente Cu-Cu por la inquieta muchacha obedeció como un autómata. Se inclinó ante las damas con una perfecta corrección y dijo con una melosidad extremada:

—Buenas tardes, señoras, ¿cómo están ustedes?

—Muy bien, ¿y usted, Lord?—saludaron a coro las tías como dos guacamayos.

—Muy bien, gracias.

—¡Qué mono!—exclamó Patricia riendo y tocándose la barba con el dedo índice de su diestra.

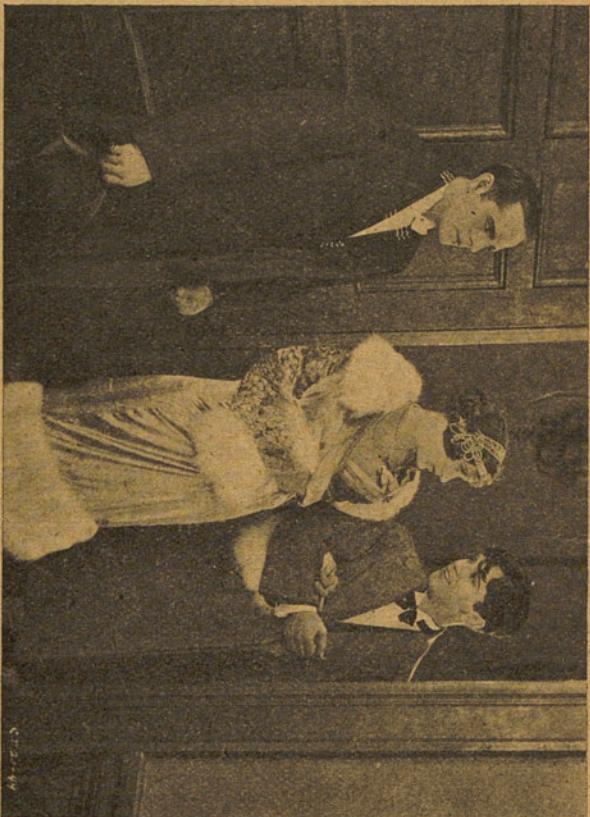
Las tías se miraron severas y dirigieron a su sobrina una mirada de reproche; pero la joven, lejos de querer comprender, tendió su mano al noble inglés y le suplicó mimoseando:

—Ande, Cu-Cu, repita lo del beso, que lo vean mis tías.

Lord Cooperfield tomó entre las yemas de sus dedos la finísima mano de la joven y la besó de un modo muy fino. Patricia se contorsionó en un gesto de gusto y llevando su mano izquierda a su boca mientras el noble le besaba la derecha, exclamó con un suspiro largo, estridente, sibarítico, chillón:

—¡Ay...!

—Señorita Patricia —anunció la criada, que acababa de presentarse—, tres caballeros la esperan en la sala.



— Guillermo te acompañará a tu casa.

—Diles que voy... Lord Cooperfield, espero que usted asistirá a nuestra velada de esta noche.

—Asistiré... Y le dare a usted una sorpresa.

—Espero la sorpresa.

Lord Cooperfield se despidió de las tías y fué acompañado hasta la puerta por la sobrina.

Está fué hasta el recibimiento. Al verla Carmichael y Morton fueron hacia ella con igual anhelo de que los atendiera; pero ella les rogó:

—Verdad, muchachos, que me aguardaréis unos minutos?

Ambos asintieron con la cabeza. Patricia se dirigió al otro del bigotillo cuidado y tomándole por el brazo, le ordenó con imperio llevándoselo tras sí:

—Juan, suba a mi cuarto.

Guillermo Carmichael y Tomás Morton, con los ojos desmesuradamente abiertos, siguieron a la que, cada uno, creía su novia, interrogándose ambos con la mirada.

Sigámosles.

Penetraron ambos en el dormitorio de Patricia y ésta se despojó de su vestido, mientras el caballero de gestos afeminados, peinada cabellera y cuidado bigote se quitaba su americana. La joven se vistió un salto de cama y se sentó ante su tocador, disponiéndose el llamado Juan a rizarle la cabellera: era su peluquero.

Leonardo Warner penetró en la casa de los Stanhope y al ver en el paragüero tanto sombrero de caballero, manifestó a la criada:

—Veo que hay gran recepción... Y todos vendrán por la señorita Patricia, ¿verdad?

La criada sonrió e introdujo al señor Warner cerca de las tías.

—Patricia quedó en que me recibiría a las cinco—dijo el señor Warner consultando su reloj—. Son las cinco y media. Creo que debemos ir enseñándola a cumplir sus compromisos.

—Ahora bajará; está con su peluquero. Subió la criada al dormitorio de la joven.

—El señor Warner está abajo.

Los ojos de Patricia expresaron gran satisfacción. Sin embargo, contestó:

—Dígale que espere.

—Ya ha anticipado él que no puede esperar, señorita.

—Entonces... dígale que tendrá que volver otra vez.

Ya iba a cumplir su recado la criada; pero Patricia se levantó, con menoscabo de la tranquilidad del peluquero, y atajó a la doméstica:

—No, que no vuelva. Ya bajaré yo.

Bajó Patricia y poco faltó para que se arrojara en brazos de su tutor a quien saludó ca-

riñosamente, pero dirigiéndole una amarga queja, muy suya:

—No creí que tuviese usted tanto interés en que perdiera el tiempo el peluquero más famoso de la ciudad.

—Yo soy quien puede perderlo, engrosando el número de insignificancias que bostezan en el recibimiento.

—Bueno, ¿y se puede saber...?

—¿Qué me trae por aquí?... Pues, sencillamente, la resolución de que tu renta esté desde hoy entre tus manos...

—Eso quiere decir que ya no se quiere usted ocupar de mis asuntos...

—Claro está que, mientras no salgas de mi tutela yo he de poner el visto bueno a tus desembolsos. Esto viene a ser como si te hubieses casado, pero no con uno de esos tipos.

—Pero...

—Y ahora sigue divirtiéndote con tu coro de insustanciales; pero ya irás haciendo provisión de desengaños.

Y Leonardo Warner plantó a su joven pupila sin permitir que le estrechara la mano.

VII

Se celebraba la fiesta en casa de las señoras Stanhope, en honor de su hermosa sobrina. A ella habían sido invitados todos los

amigos de la familia, entre los que se contaba Leonardo Warner. Patricia, a su vez, había mandado invitación a cuantos jóvenes había pedido besos, que no eran pocos, y ellos, a Guillermo Marmichael, Tomás Morton y Lord Cooperfield, a quien ella llamaba su Cu-Cu, tratándole así de cuclillo.

Y mientras los salones se iban llenando de invitados, y Patricia ultimaba su tocado para la fiesta, pensando en el único hombre que había hecho tilín en su corazón, su tutor, sentía la inquietud de espíritu de quien siempre lo tuvo todo, ante lo primero que no podía poseer.

Los casquianos amigos—novios se creían ellos—de la hermosa heredera, cuando penetraban en los salones, no tenían en los labios más que una pregunta:

—¿Dónde está Patricia?

Y creían todos que la joven pertenecía por derecho propio a cada uno de ellos.

—¿Ha visto usted a la señorita Patricia?

Tomás Morton acababa de dirigir esta pregunta al primer criado que halló a su paso cuando vió bajar a la joven ataviada con su espléndido traje de "soirée".

Corrió hacia ella.

—Patricia, necesito hablarte; pero con toda urgencia.

En aquel momento vió la joven heredera a su tutor, hablando en el pasillo con sus tíos,



Y Leonardo le ayudó a ponerse uno de sus abrigos.

y quiso deshacerse de Morton para ir con aquél.

—Dispensa, Morton, voy a saludar a mi tutor.

—No, hija, no, urge mucho lo que te voy a decir.

—Vamos al saloncito.

En un reservado salón de confianza se sentaron ambos.

—Patricia, hay alguien que se interpone entre nosotros.

—Pero...

—No me lo niegues... Alguien quiere separarse de mí.

—No lo creas, Morton.

—Para desvanecer mis recelos, ponte este anillo de compromiso.

—Pero ¿cómo quieres...?

—Póntelo.

Patricia se dejó poner el anillo.

—Ahora, bésame Patricia, bésame.

No tuvo más remedio que besar a Morton, quien agarrándole por el brazo le ordenó:

—Y ahora vamos a bailar.

—Déjame que dé las buenas noches a mi tutor.

—No, mujer, no; vámmonos a bailar.

Y mientras ambos bailaban los ojos de Patricia no se separaban de su tutor, el cual, allá en el corredor formaba corro con las tías.

Terminado el baile, Patricia solicitó la vea de Morton para ir a saludar a su tutor,

iba hacia él, pero interpuso ante ella Lord Cooperfield.

—Patricia, la buscaba...

—¿Otro?—murmuró ella con rabia.

—Deseo hablar a solas con usted.

—Vamos al saloncito de confianza.

Y en el mismo saloncito en donde momentos antes Morton hablara con ella, Lord Cooperfield, vino a decirle casi lo mismo que aquél:

—Patricia, alguien se ha interpuesto en el camino de nuestra dicha.

—¿Otra vez?

—¿Cómo otra vez, si es la primera que te lo digo?

—Digo que otra vez que se lo digan a usted no lo crea.

—¡Si no puedes negarlo!... ¡Hay interés en alejarme de tu corazón!

—¡Ay, Cu-Cu, no lo crea...! Se dicen unas mentiras...

—Pero no lo conseguirán; yo he alzado ya una muralla contra esos propósitos, mira.

Lord Cooperfield desplegó ante los ojos estupefactos de la joven el recorte de un periódico de la noche. Y Patricia leyó:

HEREDERA AMERICANA SE CASA CON ARISTÓCRATA INGLÉS

La boda se anunciará en breve

Ya sólo es cuestión de días la formalización del compromiso entre la señorita Patricia Stan-

hope y lord Cooperfield. Esto era conocido de los amigos hace unas semanas; pero su anuncio oficial se ha retardado hasta la presentación en sociedad de la señorita Stanhope.

—¡Oh!... ¡Eso has hecho insertar?—dijo Patricia horrorizada.

—Eso... Y ahora, bésame. Quiero que me beses.

—Nos pueden ver.

—Bésame, si quieras que crea en la sinceridad de tus promesas.

Patricia obedeció.

—Ahora vamos a bailar.

—Déjeme ir a saludar a mi tutor.

—Después de bailar conmigo.

Y sólo después de haber bailado con Lord Cooperfield pudo la linda heredera ir a saludar a su tutor.

—Buenas noches, señor Warner.

—Ya era hora de dármelas... Claro, como esos pollos pera la tienen hipotecada.

—¡Ay, si usted supiera que eso es con gran sentimiento de mi parte...!

—Si es verdad lo creo.

—Puede usted creer que es verdad... Creo, Leonardo, que ya será razón de que baile usted con su pupila.

Leonardo dióla el brazo y fueron a bailar; mas antes de terminar el baile, un criado se hacercó a la pareja:

—Señor Warner, le llaman con urgencia al aparato telefónico desde su casa.

Ambos fueron hasta el aparato, al que se puso Leonardo.

—¿Quién?... ¿Es usted, Carmichael?... No sé nada de eso... Espere, ahora se va a poner ella en el aparato.

—Patricia—dijo el señor Warner, entregando el auricular a su pupila—, Carmichael quiere hablar con usted.

—Di, di, Guillermo, ¿qué hay de nuevo?

La joven oyó:

—He venido a casa de tu tutor para enterarme de la certidumbre de un sueldo que publica "El Correo" de esta noche... Dice que te vas a casar con ese inglés a quien tú llamas Cu-Cu.

—Oye, Guillermo... Eso es falso. Te autorizo para desmentir esa patraña.

—No te creo, Patricia. Estás mintiéndome... No te sorprenda si oyes hablar de un suicidio...

Patricia no oyó más; las últimas palabras habían sido pronunciadas con tal dejo de amarga sinceridad que creyó que aquel muchacho se iba a pegar un tiro tal como lo decía. Y pensó: "Hay que volar para salvarlo".

—Señor Warner, déme mi abrigo, pronto, por favor.

—Pero ¿qué pasa?

—Hay que salvar a Guillermo.

Leonardo cubrió a su pupila con su abrigo de pieles y se dispuso a acompañarla.

Lord Cooperfield se acercó a Patricia, apro-

vechando el momento en que Leonardo iba a por su gabán, y le dijo:

—Ya sé que es Warner el hombre que se ha atravesado en nuestra senda... El te regaló ese anillo?

—¡Qué locura, Cu-Cu!... ¡Te han engañado!

—Entonces ¿quién es mi rival?

—Allí lo tienes... Es Tomás Morton.

Y la hermosa heredera salió con su tutor, dirigiéndose a casa de éste.

Guillermo estaba sentado al lado del teléfono con los brazos tendidos sobre la mesa y la cabeza caída como abatido, inmóvil.

Patricia dió un grito creyendo que aquél había cumplido su amenaza; pero Guillermo levantó la cabeza. Las lágrimas habían surcado sus mejillas.

—Pero ¿qué te pasa Guillermo?

—¡Oh, Patricia, dime que no es verdad que te hayas prometido a Cu-Cu!

—Te he dicho que eso no es cierto.

—¡Te burlas de mí! ¿Quién más que Cu-Cu ha podido darte ese anillo?

—¡Me lo dió Tomás Morton!

—Pues yo no permito que te burles de mí... O te casas conmigo o...

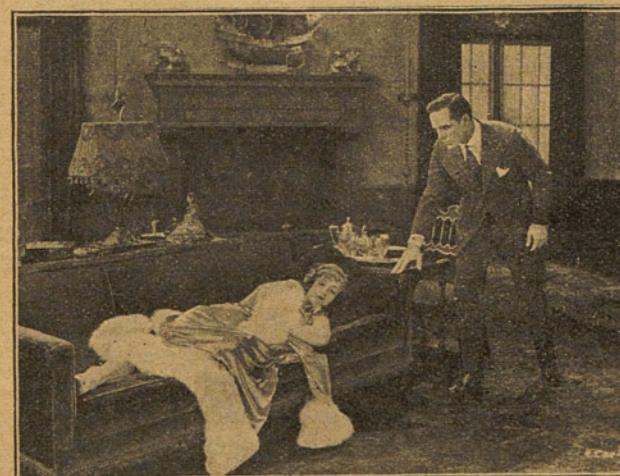
Patricia se volvió hacia su tutor como implorando un consejo.

—He ahí las consecuencias de tus ligerezas... Das al primer venido palabra de casamiento y... tienes que cumplirla.

—¿Me quiere usted acompañar a mi casa, Leonardo?

—No, Guillermo, acompañe usted a Patricia a su casa.

Carmichael y su novia *in partibus* tomaron



Vió a su pupila acostada en el sofá cubierta con su abrigo.

un auto y cuando estuvieron acomodados en su interior, Guillermo le dijo:

—Patricia, no es a tu casa donde vamos... ¡Es a casarnos a gran velocidad.

Y asomándose por la ventanilla Carmichael daba al chauffeur la dirección de un pastor

amigo suyo; mas Patricia, durante ese momento en que el joven se asomaba por la ventanilla, abrió la portezuela contraria, sin que aquél lo notara y saltó del coche, tomando un taxi que por allí pasaba en aquel momento, dando al chauffeur la dirección de su casa.

Guillermo Carmichael, cuando se fué a sentar no halló a su lado más que el abrigo de su amada. Entonces dió nueva orden al chauffeur para que se dirigiera a casa de su novia.

Cuando el coche que conducía a Patricia se paró ante la puerta de su casa vió a dos caballeros boxeando de lo lindo como para matarse: eran Lord Cooperfield y Tomás Morton, y en vez de bajar ordenó al conductor:

—De usted la vuelta a la manzana mientras pasa la bronca.

A su vez llegó Guillermo y se apeó llevando el abrigo de su amada. Al ver allí a su enemigo que se daba de trompazos con Cooperfield, terció en la lucha, armándose un terceto a seis manos que al paso que llevaban no iban a quedar allí ni las levitas.

Cuando el coche que conducía a Patricia volvió ante la puerta de su casa, después de dar la vuelta a la manzana, vió la joven que ya no eran dos, sino tres los combatientes; los reconoció y dió nuevo aviso al chauffeur:

—Guíe usted alrededor de la manzana otra vez. A ver si acaba eso.

Entre tanto, un criado que había apercibido la saña con que aquellos tres caballeros se

mataban dió aviso y varios de los contertuilios se mezclaron para separar a los combatientes; pero con ello creció la lucha y tanto que cuando el taxi que conducía a la heredera volvió a pasar, aquello parecía un campo de agravante: buen número de invitados boxeaban en montón, mientras que sus tíos y las señoras contemplaban la lucha horrorizadas. Vió Patricia cómo acudía la policía y se llevaba a los combatientes.

Patricia Stanhope avisó al conductor:

—¡Chaufeur, chauffeur!

—¿Qué?... ¿Otra vuelta a la manzana?

—No, no. ¡A los departamentos Adelphi!...

¡Al número 500!

Era la casa de su tutor.

VIII

—Ya estoy de vuelta otra vez.

—¿Otra vez?... ¿Y a esta hora?... ¿Y sin abrigo?

—Sí, Leonardo... ¡Cualquiera entra en mi casa!

Y en dos palabras contó lo sucedido. Sus pretendientes se la disputaban a puñetazo limpio en la puerta de su casa... Seguramente los tres deberían pasar el resto de la noche en los calabozos de la Delegación, pues ella había visto cómo la policía los maniataba.

—¡Es muy bonito todo esto!... ¡La primera vez que se vuelva a mencionar en conexión con algún hombre, te obligaré a casarte con él!... ¡Que la prensa mencione tu nombre con el de un hombre cualquiera y verás si cumple mi promesa! Y ahora voy a acompañarte a tu casa...

Y mientras Leonardo fué en busca de un abrigo con que cubrir a su pupila, ésta, respondiendo a un recién concebido propósito, inspirado por las últimas palabras de su tutor, inutilizó rápidamente el mecanismo de la cerradura, para que la puerta no pudiera cerrarse.

—Ponte este abrigo para que no te enfíes.
Y le ayudó a cubrirse con uno del tutor.

—Vamos.

Media hora más tarde, después de haber acompañado a su pupila a su casa, Leonardo Warner volvió a su casa y se acostó.

Hacia las dos, una después de dejarla Leonardo, Patricia penetró en el salón de la casa de su tutor, que dormía tranquilamente en su dormitorio próximo. Pudo penetrar en él gracias al ardid de haber inutilizado el mecanismo de la cerradura.

Se acomodó en el sofá, sonriendo de satisfacción al pensar en la sorpresa que esperaba a su tutor; se cubrió con su abrigo de pieles y se durmió profundamente, pensando en el único hombre que había despertado su corazón al amor.

Cuando el sol penetraba límpido, sonriente, por las ventanas del dormitorio de Leonardo Warner, se levantó, se vistió y tocó el timbre para que su criado le sirviese el desayuno.

Salió Warner de su dormitorio y al pasar por el salón apercibió a su pupila tendida sobre el sofá cubierta con su abrigo.

La contempló breves momentos con fruición.
“¡Qué hermosa es!”, pensaba.

En aquel momento, su ayuda de cámara, Ramón entraba en el salón, llevando en una bandeja el servicio del desayuno.

Leonardo le hizo señas de que anduviese con tiento.

—¡Cuidado, Ramón!—le dijo en voz muy queda—. ¡No la despiertes!... Deja esto aquí.

Y Warner señaló una mesa cercana adonde, dormía la joven, sobre la cual dispuso Ramón el servicio.

—¿Cuándo ha entrado esta muchacha?

—Lo ignoro, señor.

—No la despiertes.

Leonardo salió... Un minuto después Patricia despertó y al ver al criado, preguntóle:

—¿Y el señor Warner?

El criado se encogió de hombros como contestando: “No lo sé”. Y le señaló el servicio.

Patricia se sentó a la mesa y volvió a interrogar al ayuda de cámara:

—Pero ¿voy a desayunar yo sola?

Cuando hubo pronunciado estas palabras penetró en el salón Warner vestido de calle, si-

mulando que venía de fuera. Y extrañándose de ver a la joven le preguntó:

—¿Qué es eso, Patricia? ¿volviste anoche mismo a mi casa?

—Sí, sí, ayer mismo.

—Entonces, fué algo providencial que yo pasara la noche en el Club.

—¿En el Club?—inquirió Patricia con un mohín de disgusto como si aquella noticia la molestara.

Comprendió Warner el gesto de disgusto de su pupila y le dijo con acritud aparente:

—¿Es que no tenías bastante con un escándalo y quisiste verte comprometida en otro?... ¿Por qué esa conducta, Patricia?

La joven se levantó, puso sus hermosos ojos en los de su tutor con expresión de indefinible dulzura y le contestó con acento de sinceridad donde parecía vertía toda su alma:

—¡Porque estoy locamente, desesperadamente enamorada de usted!

—¿Puede nadie concebir enamorada de un hombre a una muchacha que sea prometida de otros tres?

Patricia bajó la vista, una lágrima rodó por su mejilla y contestó con abatimiento:

—Bien. Me marcharé a casa.

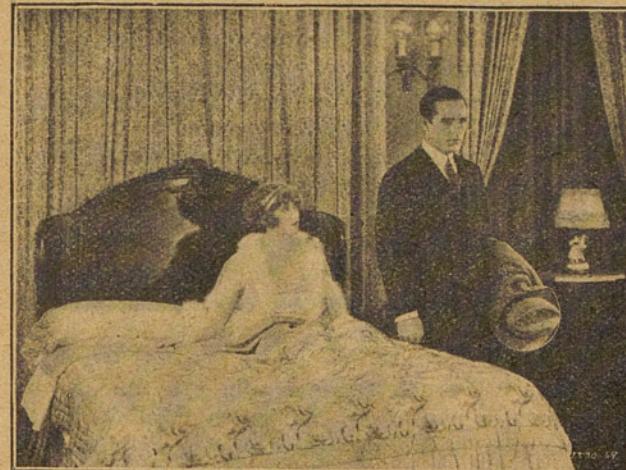
—No, acaba de desayunar con sosiego, ya que no vas a quedarte cuando te presente a tus tíos.

Dijo Warner y se fué a su despacho.

Patricia cayó abatida en el sofá donde había pasado la noche y casi llorando gimió desesperada:

—¡Estoy segura de que me odia!

—Señorita—le contestó Ramón, acercándose



—Aun te falta, no mucho, todo, para ser la mujer que merezca
llamarse esposa

a ella, al verla tan desesperada—, al contrario; mi opinión personal es de que el señorito está enamorado de usted.

—¡Oh!... ¿De veras, Ramón?—preguntó ella sonriente.

—De verdad, señorita—y bajando la voz

añadió—: Confidencialmente. No es cierto que haya pasado la noche en el Club... Ha dormido ahí, al lado. El tenía que hacérselo creer a usted así, para salvar su reputación.

—¡Oh!... ¡No me engañas, Ramón?

—Se lo juro, señorita.

Por toda contestación, Patricia se acercó a Ramón le tomó por los brazos y le dió un beso.

Y durante esta conversación, Leonardo Warner da una mirada al diario y se queda de piedra al leer en las notas de sociedad:

Todos se preguntan si cierta joven recientemente presentada en sociedad, está casada en secreto con su tutor, alto empleado de un poderoso Trust. Sinceramente deseamos que sea así, pues de otro modo no podría explicarse que dicha joven debutante en sociedad pasara la noche última con él, en su casa de la Avenida del Parque.

Leyó Warner esta gacetilla y se quedó un momento pensativo. Momentos después tomó una resolución y se fué donde se hallaba Patricia, buscando una dirección telefónica para pedir un taxi que la llevara a su casa.

Cuando Warner se presentó ante ella, estaba jubilosa, pues la revelación del criado había vestido su alma de claros optimismos.

—Estoy buscando una dirección telefónica para pedir un taxi—dijo la joven al ver a su tutor.

—No, no. Toma tu sombrero y tu abrigo, Patricia.

—¿Me acompañará usted?

—No, vamos a casarnos.

Patricia abrió dos ojos como dos huevos.

—¡Cómo!—exclamó.

—Sí, sí, a casarnos. Lee—y le presentó el diario—. No quiero ser juguete de la opinión. Además, te lo he prometido... ¡Vamos a casarnos!

Su pupila dió unos brinquitos como un gorrión, batió palmas, se acercó a su tutor y lo abrazó dándole un beso en la boca.

—El beso!... Era el premio de todas sus alegrías. ¡El beso!

Y se fueron a casar, presentándose una hora después en casa de la señora Stanhope como marido y mujer.

IX

Había llegado, por fin, la noche de amor, la noche de ensueño de aquella mujer besurera, que había logrado con el único hombre que se adentrada en su alma.

Vemos a Patricia sentada en su tocador disponiéndose como una víctima de amor, para ser sacrificado en el altar de la diosa Venus.

¡Con qué exquisita fruición se perfuma para ser agradable al amado de su corazón!

Se contempla al espejo como preguntándose: "¿Estoy bien así?".

Una llamada discreta a la puerta del dormitorio la hace temblar de placer. "¡Es él!"

Se levanta, se quita el vaporoso salto de cama con el que se cubre, deja las preciosas chinelas y se mete en el lecho dispuesto para el himeneo.

Arregla la almohada en que debe descansar la cabeza el amado de su corazón.

Una nueva llamada a la puerta.

—¡Adelante!—contesta la esposa jubilosa y sonriente sentada en el lecho.

La puerta se abre y aparece Leonardo vestido para salir, con su abrigo bajo el brazo y con su sombrero en la mano.

—Buenas noches, Patricia.

—¿Vienes?

—No; me voy. He venido a darte las buenas noches.

El rostro de la esposa se sombreó con una nube de horrible tristeza.

—No creo que pensarás que yo pueda tomarte en serio por mi esposa.

—¡Leonardo!—imploró la esposa.

—Me he casado contigo para salvar lo que pudiera quedar aún de un prestigio, que siendo el mayor tesoro, te empeñaste en tirar caprichosamente...

—Pero hoy eres mi esposo...

—Aún te falta, no mucho, todo, para ser la mujer que merezca llamarse esposa.

—¡Soy tu esposa!... ¡Y te amo!

—Tú has estado jugando con el amor, mientras este juego no ha dejado una emoción honda en tu existencia.

—¡Oh!... ¡Esto es horrible!

—Pero aún no sabes nada de la abnegación, del espíritu de sacrificio que son la base del amor verdadero.

Unas lágrimas rodaron por las mejillas de la que se creía despreciada. Leonardo, que parecía cebarse en su dolor, quiso hacerle apurar la copa del castigo que la tenía reservada, y añadió:

—Has logrado, Patricia, que por un impulso compasivo, te diera mi nombre; pero sabré, al menos, conservar el respeto a mí mismo.

Aquellas palabras fueron el revulsivo. Patricia saltó del lecho, crispó los puños y con el cuerpo erguido, con la dignidad de matrona ofendida, le espetó al rostro este insulto:

—¡No viviría con usted, aunque no quedase otro hombre en el mundo!

Con gran calma; pero con honda emoción, que supo disimular, Leonardo contestó sin inmutarse:

—He pensado bien todo lo que he dicho... ¡y lo mantengo!

Sin decir más, Leonardo Warner volvió la espalda y salió del dormitorio dejando a su

legítima esposa sumida en un dolor sin tregua.

Y la borrasca sentimental por la actitud del único hombre que Patricia había amado y... amaba, se resolvió en copioso llanto, llanto del alma más que de los ojos.

Patricia cayó sobre el lecho y se deshizo en amargo llanto de un dolor horrible, inenarrable.

X

La nueva mañana fué para Leonardo Warner como recodo de un camino, a cuya vista, se halla el viajero ante lo inesperado.

Penetró en el dormitorio de su esposa, esperando que sus reflexiones de la noche anterior la hubiesen hallado curada, cual era su deseo, pues él la amaba con toda su alma, con el primer amor; pero halló sobre la mesita de noche esta carta:

Mi único amado: Reflexionando sobre lo que usted me dijo, he llegado a comprender que todo es verdad y que mi esperanza en su amor, el único de mi vida, está perdida para siempre. He aquí por qué estoy firmemente resuelta a que no me vea usted más.

Mi deseo más ferviente es que un día en-



- ¡Te amo, Leonardo! ¡Te amo con toda mi alma!

cuentre usted una muchacha que sea digna de su cariño y sepa hacerle feliz, muy feliz.
A mí me basta que me consagre usted un poco de piedad. ¡Adiós!

Patricia.

Aquella carta fué un golpe terrible para su corazón y puso en movimiento todas las agencias informativas de Nueva York para conocer el paradero de su esposa.

XI

El transatlántico surca las olas embravecidas a diez nudos por hora. Y en el puente de primera especial, junto al mar, que ella juzgaba menos inmenso que su desdicha, volvió a gemir por la pobre flor tronchada de su única ilusión.

De pronto, hace irrupción en el puente donde se halla sola, librada a sus pensamientos dolorosos de esposa repudiada, un joven medio ebrio dando traspies.

—¡Oh!—clama Patricia corriendo hacia el joven que ha caído cerca de ella.— ¿Qué haces aquí Guillermo, a dónde vas?

—¡Al infierno, si en el infierno me quieren!... ¡Y tú sabes quién me lleva!... Desde que te casaste con Warner todo es tristeza para

mi corazón... ¡Te juro que hasta me estorbaba la vida!

—Yo, Guillermo, voy a París a pedir el divorcio... ¡No pudimos ser felices!

Guillermo sonrió al oír tal nueva.

—¡Oh, Patricia, esa desdicha tuya puede ser mi felicidad!... ¡Salva mi vida con una palabra de esperanza!

—Yo nunca volveré a amar. Pero ofrecerte lo que queda de mi vida, si con ello has de ser dichoso.

—¿Me das un beso, Patricia?

—¿Qué valen mis besos, si no va en ellos nada de mi alma?

Después de una ingrata semana en París, donde no había podido consolar a la desposada sin ventura el cariño de tía Penelope, que la había acompañado a París, se vió un día sorprendida Patricia con la presencia de su esposo que se presentó de improviso en el Hotel donde tía y sobrina se hospedaban.

—¡Oh!... ¿Usted por aquí, Leonardo?

—He venido por ti; para volverte a casa.

—Pero...

—Yo te amé siempre, Patricia, y hacerte mi esposa fué realizar el mayor anhelo de mi corazón. Pero necesitaba que tú me amases con la misma grandeza, con la misma hondura, con la misma convicción como yo te amo.

—¿Y no piensas en mi frivolidad?... ¿No temes que mi locura haga naufragar tus ensueños?



Constance Talmadge

—Antes podía tenerlo; ahora, no.

—Pero, hay algo muy grave, Leonardo. Yo había prometido a Guillermo Carmichael que nos casaríamos tan pronto como me divorciara de ti. Comprendo que destruí su vida y si no me caso con él se matará: me lo ha jurado. Me dijo que esta noche iría a "Zelli's".

—Bien, Patricia, iremos los dos a "Zelli's" y allí te convencerás de que Guillermo te engañaba.

Y aquella noche Leonardo y Patricia van a "Zelli's", un "Cabaret" aristocrático, donde Guillermo la aguardaba, y allí ven al presunto suicida curando, entre libaciones alcohólicas y caricias mercenarias, la herida de su corazón.

¡ Bien decía Leonardo que sus prometidos antiguos no eran hombres !

Y porque Warner lo era, y porque la había enseñado a amar a través de las lágrimas, única fe de vida del corazón, supo Patricia que, volviendo a su marido, iba a la plena posesión de la felicidad.

FIN

COLECCION**BIBLIOTECA INFANTIL CINEMATOGRÁFICA**

Cada novela consta de CUATRO CUADERNOS
Cada cuaderno DIEZ CÉNTIMOS

Guarda de faro, por RIN-TIN-TIN

Buen testigo, por RIN-TIN-TIN

Perseguido en la nieve,
por RIN-TIN-TIN

La senda de la caravana, por TOM MIX

El trapero, por CHIQUILÍN

Más aprisa, por TOM MIX

Los dos pilletes,

por J. FORBST y L. SHAW

La puerta fatal, por HOOT GIBSON

Un favor comprometido, por CAYENA

Protector de los huérfanos,
por CHARLES JONES

SOLICITAMOS CORRESPONSALES**ENVIAMOS CATÁLOGO GRATIS**

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío de su importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado, Franqueo gratis

Biblioteca Films - Valencia, 234 - Barcelona


BIBLIOTECA FILMS
"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"
**VOLÚMENES A 25 CÉNTIMOS**

Nº	TÍTULO	Protagonista	Postal
2	No se fie de las apariencias.	Lil Dagover	M. Pickford.
5	¡Cuidado con la curva!	E. Chadwick	Lil Dagover.
6	El León de Venecia	Olaf Fjord	M. Bellamy.
8	Ensueño	Signoret	A. Rouane.
10	Las esposas de los pobres	B. La Marr	E. Chadwick.
11	El Signo del Zorro	D. Fairbanks	D. Fairbanks.
15	Las dos niñas de París	S. Milavanoef	Mary Douglas.
18	Nathan el Sabio	Bella Muznay	Sandra y He.
19	La Huerfanita	Biscot	Dorothy Gis.
20	Clarita May	Bessie Love	Bessie Love.
22	¡Perdida y encontrada!	A. Moreno	A. Moreno.
26	Mandrín, caudillo de leyenda.	R. Joube	R. Joublé.
27	El velo de la dicha	Sussie Vatta	C. Windsor.
28	Nellie, la bella modelo	C. Winsor	Mae Murray.
30	Como aman los hombres	B. Sweet	B. La Marr.
34	El Caballero de la Pesadilla.	Mosjoukine	Mosjoukine.
36	El regreso de Cyclone Smith.	Eddie Polo	Eddie Polo.
37	Dorothy Vernon	M. Pickford	M. Pickford.
38	La Ley de la Hospitalidad	Pampinas	Pampinas.
39	¡Viva el Rey!	Chiquilín	Chiquilín.
41	Locuras de juventud	Mary Carr	Mia May.
42	Historia de un dólar	Tom Moore	Tom Moore.
44	Velarás por tu hijo!	A. Baudin	André Rolane.
46	Amor que vence al amor	B. Compson	B. Compson.
47	Los tres Mosqueteros	D. Fairbanks	D. Fairbanks.
48	Tony	Tom Mix	S. Mason.
51	Vida de los artistas de cine.	J. Hill	W. Reid.
55	La gitana blanca	R. Meller	R. Meller.
56	La ingenua	Hella Moja	Hella Moja.
57	El Nueva York de antaño	M. Davies	M. Davies.
60	El casamiento de media noche	K. M. Donald	K. M. Donald.
61	El caballero valiente	Barthelmess	D. Mackaill.
62	La mujer inmortal	B. Compson	G. Walsh.
63	Mónica	F. Dhelia	F. Dhelia.
64	La modistilla	L. Taylor	P. O. Malley.
65	La novia del legionario	Charlia	M. Rosky.
66	Con el amor no se juega	L. Bernhard	L. Bernhardt.
67	El Rey sin reino	R. Heribet	R. Heribet.
68	Grandezza de humildes	M. Prevost	M. Prevost.
69	Madre adorada	C. Dowel	R. Devirys.
70	El Santuario del Amor perdido	Conrad Nagel	S. Chaplin.
71	El Chico	Charlot	Lya de Putti.
72	La Linda rubia	Mary Menti	E. Makouska.
73	La Llama del genio	H. Hampton	H. Hampton.
74	Judex	R. Navarre	R. Navarre.
75	Nueva misión de Judex	R. Navarre	G. Biscot.
76	El mimado de la abuela	El	El.

Núm.	TÍTULO	Protagonista	Postal
77	Yo pecador	L. Stone	L. Stone.
78	Bajo la máscara	Cayena	Cayena.
79	La rosa de París	M. Philbin	Baby Peggy.
80	Por el recuerdo de un beso	B. Blythe	Betty Blythe.
81	Tosca	Bertini	Bertini.
83	El rey de los corsarios	Jean Angelo	K. d'Albaian.
84	La culpable	Louise Glaun	R. Bouet.
85	En alas de la gloria	Mary Astort	Bebé Daniels.
86	El navegante	Pamplinas	A. Stewart.
87	Avaricia	Zazu Pitts	B. Bayne.
89	Los ángeles del hogar	B. Baine	Monte Blue.
90	La dama de la noche	N. Shearer	N. Shearer.
91	El árbitro de la elegancia	J. Barrimore	V. Valli.
92	¡Que siga la danza!	G. O'Brien	G. O'Brien.
94	Barrera infranqueable	Alice Joyce	G. Walton.
95	Segunda juventud	E. Boardman	C. Nagel.
96	Los peligros del flirt	Monte Blue	N. Kovanto.
97	Dick Turpin	Tom Mix	T. Carminati.
99	Su hora	A. Pringle	Jack Duffy.
101	En el último peldaño	V. Vally	R. Adoree.
102	La coqueta casada	P. Frederick	H. Herber.
103	La mujer comprada	A. Rubens	H. d'Algry.
105	El corazón manda	Viola Dana	Alice Joyce.
106	Compañera te doy	Astrid Holm	Lon Chaney.
07	Por mandato de su hijo	W. Louis	G. Olmsted.
08	La boda de Rosina	Josyan	W. Berry.
109	El secreto de familia	Baby Peggy	P. Frederick.
110	Entre locos anda el juego	Lon Chaney	R. Laroque.
111	El pecador errante	G. Hulette	I. Logan.
113	La calle de las risas y las lágrimas	A. Menjou	Robinne.
114	Los huérfanos de la aldea	Niño de las pecas	Walter Hiers.
115	¡Divorciémonos!	Clara Bow	L. Laplante.
116	El espectro de Oriente	Frank Mayo	J. Kerrigan.
117	La tierra en llamas	Lya de Putti	M. Hume.
118	Maciste en los infiernos	Maciste	A. Menjou.
119	La triste aventura	Bert Lytell	J. Ralston.
120	Mi tío me adora	Max Linder	H. Peters.
121	El Niño de las Monjas	M. Astolfi	Maciste.
123	Bondad	E. Roberts	Richard Dix.
124	El mudo mandato	Alma Tell	Agnes Ayres.
125	Don Q, hijo del Zorro	D. Fairbanks	W. Duncan.
126	La jornada de la muerte	Tom Mix	M. Astolfi.
127	La pequeña Anita	M. Pickford	Bert Lytell.
128	La Desdefiada	John Roche	Jack Mulhall.
129	La Quimera del Oro	Charlot	J. Hebling.
130	Rosa del Campo	C. Ubrich	Hoot Gibson.
131	El escenario de la vida	Betty Blythe	E. Purviance.
132	Cuando el amor nace	Clara Bow	Fairbanks, hijo
133	Un disparo en la noche	Irene Rich	Nazzimova.
135	Enemiga de los hombres	Dorothy Revier	Lillian Rich.

COLECCIONE Vd.



LA MAS SELECTA NOVELA CINEMATOGRAFICA

Volumenes a 50 cts.

N.º	TÍTULO	Protagonista	Postal
1	El templo de Venus . . .	M. Philbin	M. Philbin
2	La tierra prometida . . .	R. Meller	Tina Meller
3	Sacrificio	Fay Compton	Fay Compton
4	En las garras de la duda .	Leda Gis	Capozzi
5	Rupert de Hentzau . . .	Lew Cody	Hammestein
6	El tren de la muerte . . .	Cayena	M. Harris
7	La esposa comprada . . .	Alice Terry	Alice Terry
8	El juramento de Lagardére	G. Jacquet	J. Farrell M.
9	Buda, el Profeta de Asia .	Himansu Ray	P. Marmont
10	La princesa que amaba al amor	A. Manzini	L. La Plante
11	La Hija del Brigadier . . .	Nora Gregor	Clara Winsor
12	La fiera del mar	J. Barrymore	R. Denny
13	La mujer que supo amar .	Doris Kenyon	P. Ruth Miller
14	Fausto	E. Jannicgs	Ch. de Rochefort
15	La que no sabia amar .	A. Moreno	F. Widor

Enviamos catálogos gratis. — SOLICITAMOS CORRESPONSALES
Servimos números sueltos, previo envío de su importe en sellos de correo

Biblioteca Films - Valencia, 234 - Barcelona

Imprenta Comercial - Valencia, 234 - Teléfono 958 G - Barcelona